

Hechos Extraños
Por:
Javier R. Cinacchi

(Relato / Cuento.)

Hechos Extraños

Por Javier R. Cinacchi

© Javier Ruben Cinacchi, 2021.

Sin variar la obra, y expresando que el autor es Javier R. Cinacchi, se autoriza a copiar y distribuir, siempre y cuando respete lo indicado; sin tener que abonarme los derechos de autor correspondientes. Siendo así, puede incluso imprimir este libro, y comercializar su versión impresa. También puede juntarlo a otras obras que tengan semejantes permisos (en general todos los libros que he escrito hasta ahora; sin sus extras, en caso de esos extras ser en exclusiva).

**Siempre piensa,
si estás
en el camino correcto,
pese a lo que pienses.**

Hechos Extraños.

Me dicen Hache, porque mi apellido es Haches, y cansado de que me digan “Hache”, me resigné a adoptarlo como nombre; ya que todos me llamaban Hache, y no Ángel. De paso, les arruiné “la genialidad”, de su vaga creatividad, para con algún chiste o burla relacionada con la letra hache. Cansado ya de oír siempre semejantes chistes, formó parte de mi nombre.

Escuché, por ejemplo, hasta el hartazgo:

“¿Hache, se escribe con o sin hache?”

“¡Hache! ¡Hache!”

Y si les preguntaba “¿Qué?” Se hacían los tontos, y se decían algo uno a otro, tal cómo:

“Hacer ¿Es con o sin hache?”

¡Y claro! Estallaban las carcajadas en el colegio, como final de escena, y yo asumiéndolo como una cruel e injusta burla dirigida hacia mí... Aunque luego de los años, para mí, fuera una señal de la tontería de ellos; realmente en ese momento me fastidiaba, y el tema de mi nombre, quedó como algo resaltado en mi consciencia.

Te contaré los hechos extraños que me pasaron, y lo que pensé de ellos. Pero debo comenzar por el principio, para que se me comprenda. Todo tiene su causalidad, aunque cueste descubrirla.

¿La vida está cargada de misterios, de cosas inexplicables? ¿Ángeles, demonios y Dios que puede hacer todo, pero tal vez no siempre lo hace, tal cual nos gustaría? ¿Brujos, gente con poderes paranormales, fantasmas, adivinación, magia? Asumo que conocemos una parte, demasiado pequeña de la verdad del universo. Pero bajo esos conocimientos es que evaluamos todo, intentando encontrar respuestas, ¿verdad? Aunque alguien encuentre todas sus respuestas, con el enfoque de “ateo”, está te-

jiendo un manto de ideas, con lo que considera la ciencia de la verdad que adoptó, de los que piensan igual que él.

Mirá, cuando era adolescente, me interesaron las cosas raras, y por lo que etiqueto como “mala suerte”, esa duda me mortificó en mi interior, queriéndola yo disolver. Y en parte surgió de mi nombre. Nótese que la letra hache, para los argentinos es algo que existe, pero que muchas veces no se pronuncia. Y sin embargo tapó a mi nombre. Y al mismo tiempo, ¡Ángel es mi nombre! En otras palabras: Algo de existencia relativa, tapando a mi ser; algo que solo existe en relación a otra cosa. La “c” más la “h”, en el caso de la “h”, ahí sí suena, existe; pero no por ejemplo la hache, en la palabra hache, ahí no suena. Muchas veces sabemos que está, pero no se manifiesta su ser. Además ¿Cómo tarde o temprano, no me iba a preguntar de si existen o no los ángeles, teniendo el nombre de Ángel?

Para peor, encontré un libro de adivinación en la biblioteca de mi padre, persona muy inteligente, estudiosa y trabajadora, y como todos, también con sus errores. La cuestión es que ese libro, me ocasionó más dudas, y resumiendo; empecé a estudiar un libro tras otro, sobre las artes ocultas y sus misterios. Y repleto entre presuntas enseñanzas, se encuentran historias raras, de fantasmas, y peores; y aveces hasta se menciona a la Biblia, o religiones, y te enseñan teóricas fórmulas mágicas, etcétera. Y mi padre era teóricamente ateo, digo “teóricamente”, porque en algunas cosas sí creía, y mi madre era católica; y yo me preguntaba: ¿Dónde está la verdad? ¿Existen Dios, y distintas manifestaciones espirituales o no? Y terminé estudiando todo esto, y más.

Para peor, y que no me faltara motivación extra; el vecino que se mudó en aquel entonces, al lado de mi casa, me dijo dónde estudiar parapsicología. Porque según él, y le creí, era vidente que había trabajado incluso con los militares. ¡Y qué casualidad! Cuando vendió su casa, la compraron una pareja de militares, de rango medio -yo no sé nada de militares, pero sí que lo eran-, después, a su vez la vendieron... Resumiendo. Dedicué años de estudio exagerado a cosas extrañas, incluyendo parapsicología (el estudio de los fenómenos paranormales), y ha-

ciendo un montón de cursos relacionados. Porque a un impulso, luego lo mueve la inercia propia de su impulso, y no tenía freno.

Incluso, me dieron un doctorado honorífico, por mis conocimientos de cosas raras, en un instituto privado, donde sus directores me pidieron que enseñe. ¡Terminé abriendo un consultorio de parapsicología! Hice en el fondo de mi casa -que en realidad era la casa de mis padres-, una especie de templo a la intemperie. Tenía círculos marcados en el piso, altares, algunos símbolos en las paredes, una capillita con velas, y figuras representativas, y todo con simbolismo y dimensiones cuidadas... Y, sin embargo, nunca vi a ningún ángel de luz, o caído en sus tinieblas. Pero debo confesar... que me pareció a veces sentirlos. Como quien no ve al viento, pero lo siente. O como quien pese a no escuchar una letra hache, sabe que ahí está en algunas palabras; me refiero a aquellas palabras que la contienen, pese a que no suene.

Siempre me consideraron una persona inteligente; algunas veces preferí no serlo, pero mi inteligencia y razonamiento analítico me persiguen, desde que tengo uso de la razón, y se acrecentó. Llegué a atender como parapsicólogo, a gente que decía que le pasaba cosas raras, y a veces yo también viví algunas cosas raras. Pero un día dejé atrás la vida de “ocultista”, o parapsicólogo, o cómo prefiera etiquetarme, porque deduje que eso era un mal camino; cosa literalmente del diablo, ¡y yo que pensaba que era un camino de luz! Y aquí comienzo a relatar algunas cosas extrañas, aunque a la que quiero llegar en especial, es al escobillón maldito. Ya me entenderá el porqué...

¡Huy las cosas raras que me pasaron, cuándo quise abandonar lo de parapsicólogo! ¡Fue una guerra interna tremenda! Interna y algo externa, sentí que iba a morir. Y me dejó una secuela tal, que durante dos o más años, estuve mal, como con síntomas postraumáticos de la tensión interna vivida. Es más, aún, cuando en este momento, luego de algo así como veinte años menciono esto; se me tensa el cuello, y me crujen las vertebras al moverlo para aflojarlo.

...Si pudiera volver el tiempo atrás, y cambiar algo de mi vida. No estudiaría esas cosas, y me dedicaría a bailar, buscando

lindas señoritas. Lo digo realmente, siendo totalmente sincero. Es más, lo recomiendo: Mejor dedicarse al amor, que meterse en cosas raras. Soy en este momento tan sincero, como aquel adolescente que estudiaba buscando la verdad, y al final aveces algunas verdades las encontré, otras no. Pero la fatalidad parece que persigue al ser humano, la sentimos, la tememos, tratamos de evitarla, ¡pero caemos en ella! ¿Porqué no me habré llamado Mario Fernández? Pero, ¡me tuve que llamar Ángel Haches! Y querer descubrir si la “hache” existe o no. Es que para mi, hay tantas cosas interesantes... ¡Pero no! Hay cosas en las que es mejor no meterse, aunque de esto me di cuenta después.

Mi madre estuvo de acuerdo con que estudie ocultismo, y luego me colaboró, para que construyera mi casa, mientras que mi padre más bien me echaba, pero le agradaba que estudiaba esas cosas. Más bien me echaba cuando discutíamos por sus perros, que cada vez tenía más. Lo que es la fatalidad: tanto familiares de mi madre, como de mi padre, algunos habían estudiado cosas relacionadas con las ciencias ocultas. Entonces me dije: “Lo heredé”. El primer hecho extraño que viví, fue uno que incluso me había motivado a estudiar las cosas raras. Fue de adolescente, cuando escuché pasos, y que alguien golpeó en mi puerta.

Era una noche silenciosa. Estaba a punto de dormirme en mi cuarto, cuando escucho abrir la puerta que da al oscuro jardín. A esa hora, generalmente estaba cerrada con llave y pasador. Pero escucho abrir esa puerta, y pasos de que alguien se acerca desde ella, y se para, detrás de la puerta cerrada de mi cuarto; y luego, nuevamente pasos de que se aleja. Cuando al día siguiente, le pregunté a mi padre; porque me pareció raro que hubiera estando dando vueltas a esa hora. Me dijo que él no había hecho nada de eso, ni mi madre. Y esto, me pasó en la misma fecha, pero de distinto año; aproximadamente algo extraño cada año, cerca de año nuevo, en el día de mi cumpleaños.

La primera vez, escuché la puerta que da al jardín, pasos, y el sentir en mi interior de que algo estaba ahí, detrás de la puerta de mi habitación.

La segunda vez, la puerta que da al jardín, pasos, y el golpear en la puerta de mi habitación. Me acerqué a ella, de esa fina puerta de madera. La miraba, pero no me animé a abrirla, como sintiendo de que alguien o algo había del otro lado. Es más, seguro que la trabé con el pie del lado de adentro, para que siga bien cerrada. ¡Fue tremendo!

La tercera vez, ¿cómo te piensas que estaba? Me la pasé despierto toda la noche, estudiando ocultismo y rogando que nada malo pasara, porque había interpretado mi pasado, y todo lo que me pasó, como un llamado a hacerlo ¿Y la tercera vez sería más intenso? Pero ese día lo único extraño que pasó, fue un fuerte trueno que se escuchó, como si hubiera sido exactamente arriba de la casa; como una queja desaprobatoria del cielo enojado, bien fuerte. Recuerdo que me hizo caer al suelo del sobresalto. Y mi padre vino, y un poco en chiste me dijo “¿No fuiste vos verdad?”. ¡¿Pero qué interpretación le iba a dar a esas cosas?! ¡Téngase en cuenta mi vida!

¿Y tal vez te preguntes de porqué abandoné el ocultismo? Porque no quise estar equivocado, fue así:

Por las dudas, empecé a leer la Biblia, y sentía que tenía autoridad -una autoridad más grande que los libros de magia, ocultismo, y afines-, me refiero a autoridad espiritual. Y temí, de que sí decía la verdad, de que los brujos no irían al cielo, y de que yo me estaba orientando mal. Y cuando se dio que fui a una iglesia evangélica, porque quería conocer de distintas formas de pensar, y oraron por mi; yo sentí que ahí había un poder realmente grande. Cuando me oró el pastor, me temblaron las piernas por eso, nunca me había pasado algo así. Y de apoco decidí abandonar el ocultismo, lo comencé a considerar un camino equivocado ¡Pero me costó un triunfo! Era como si un demonio no me quisiera soltar, o mi pasado. Escuchaba voces humanas en mi pensamiento, que me decían que estaba loco. Como si fueran alucinaciones auditivas. Se me endurecían las piernas si quería ir a la iglesia, y si agarraba una Biblia para leerla, sentía una mano que me tiraba para atrás, etcétera. Pero al final vencí, porque quise abandonar todo lo oscuro, y lo hice ¡Imagínate! Esa fue la pri-

mera sucesión de cosas raras, que se dio camino a la segunda, que es a la que quiero llegar.

Recuerdo que cuando era niño, me asustaba mirar en la oscuridad “del fondo”, el patio de atrás lleno de plantas. Sí, allí por donde después, un día escuché los pasos que venían, y donde luego practiqué ocultismo, y luego construí el departamento, “la casa de atrás”. De niño, le tenía un poco de miedo, de noche; a las puertas y ventanas que daban al jardín, por donde uno puede extender la mirada, y se encuentra con oscuridad. Donde no se está seguro de qué hay, aunque se suponga que simplemente está el jardín de tu casa.

Pasados los años, y habiendo destruido en la parte de atrás, mi lugar en donde ponía en movimiento... donde volcaba, en la práctica cosas que estudiaba... etiquetadas como “magia”. Allí, luego construí mi casa, cuando ya había abandonado esas prácticas. Y entonces quedó una casita atrás de todo, y una casa adelante de todo, con un jardín en el medio, estilo selva. Hago énfasis en la forma en que está la casa, porque es relevante para entender el relato...

Luego de casarme; de tener hijos, y divorciarme; luego de que mi madre muriera de ACV, y mi padre de cáncer, aproximadamente unos trece años después de mi madre... Y dejarme mi padre de herencia toda la casa, más un montón de perros, y un montón de basura; ya que se había vuelto “acumulador”; fui arreglándola de apoco. En especial, cuando por la pandemia, cerraron los lugares donde solía bailar el tango.

Permítame hacer “un paréntesis”. ¡Todo es tan sorprendente! Y está relacionado... Mi padre, persona inteligente y honrada. Mi padre, quien me enseñó a trabajar, y tal vez la persona que más he querido en la vida, además de a mis hijas. Antes de que lo lleve al hospital, porque ya estaba mal, recobró un instante la mente, y al ver toda su casa destrozada y llena de lo que yo llamaba “basura”, y él “cosas útiles”, me dijo: “¿Porqué está toda la casa así destruida? ¿Se metió alguien?”. Le respondí: “No papá, así la hiciste vos”. Yo me había, literalmente cansado

de discutir, con mi padre por temas de limpieza; de que no junte “basura”, y de que no se llene, para peor, de tantos perros. Creo que llegó a tener... Como veinte perros. Y me hizo prometerle que se los cuidará después de muerto, cosa que hice.

Pero qué sorprendente es: ¡cómo el razonamiento puede fallar! Yo un periodo de mi vida, terminé estudiando ocultismo, camino al infierno, pensando que era algo bueno (porque si existe el diablo también existe Dios, y Dios lo condena). Y en mi padre, se fue deslizando su lógica, de forma tal que terminó como acumulador, lleno de perros, y descuidando su casa al extremo. Para complicarlo más, la vida no es fácil. Ya cuando mi madre había muerto, él había comenzado a ser distinto, y sus vicios se acrecentaron. Él no tomaba, ni tenía ideas raras; pero era avaro, y no podía tirar nada. Así comenzó a acumular: veía una maderita tirada en la calle, un trapo, una revista, botellita linda, u otras cosas que considerara buenas, y lo traía para guardar, por si lo necesitaba para algo. El resultado: habitaciones repletas de lo que yo llamé basura.

La mente y el comportamiento, siempre lo tenemos que cuidar. Cuando había estudiado parapsicología, también estudié algo de psicología, y yo también siempre me he autoevaluado, y eso quizás me salvó la vida varias veces. Hasta acá, “el paréntesis”.

Ahora que más o menos comprende un panorama general, aunque mínimo, de la historia de la casa y de sus habitantes. Puedo relatar lo que realmente quería, lo que me motivó a escribir sobre todos estos hechos extraños, que a cualquiera le podrían pasar ¡Y cómo los interpretamos!

Luego de años, un día me llamó la atención lo siguiente: Fui a la casa de adelante -ya sin mi padre viviendo allí-, yendo desde la casa de atrás. Cuando voy a entrar, escucho un ruido extraño. Entro, y veo el ventilador de techo prendido, y ese ventilador estaba apagado días antes. Me asusté, fue un hecho imprevisto. Le di vueltas en mi pensamiento a lo ocurrido, y sin lugar a dudas: ¡Ese ventilador estaba apagado! Pero apareció prendido.

Alterado, y pese a lo que podría llegar a pensar otra persona, si le expresaba mi asombro; me animé, y ese mismo día, se lo conté a mi novia del momento. Y ella, me relató una historia de una cajita de música que sonó sola, y cómo ella sintió a su fallecido padre -el que le había regalado la cajita de música-. Estaba relajada en un sofá, nunca sonaba por nada la cajita musical; funcionaba, pero ahí estaba en un estante siempre silenciosa. Y de repente: ¡Comenzó a sonar su música! Mi novia quedó como helada, miraba a la cajita musical, llena de un gran susto, que la hizo querer salir corriendo. Pero cuando logró moverse, y al tocar el suelo con la punta de su pie descalzo; dejó de sonar la cajita de música. Y ella, susto mediante de meses, en que después no quiso estar más sola en su habitación, lo había interpretado a este hecho, como a su padre que de alguna manera, se comunicó con ella.

Me sentí, al menos entendido por alguien, es un gran alivio el que no te rechacen como a un bicho raro. No voy a relatar cada detalle, que me generó la seguridad de que tal ventilador estaba apagado, y de que no podía prenderse solo, o yo prenderlo por error. Su interruptor es una perilla, y si la girás, el ventilador de techo enciende, y si no, no. Si lo ponés en “cero” se apaga...

En mi mente ensayé el siguiente razonamiento:

“Voy a pensar que esto es una advertencia de algún tipo, mejor comienzo a cerrar todas las puertas con llave, al pasarme de una casa a la otra”.

(No le hice caso a mi novia, que interpreté, me insinuó: que tal vez era una advertencia del más allá. Pero... por las dudas...)

Me la paso pasando de una casa a la otra, un montón de veces por día, y me cuesta cerrar con llave las puertas que dan al jardín; ya que voy y vengo, voy y vengo una y otra vez... Y no lo hice totalmente a cada momento. Es que pensé, podía ser una “advertencia”, para que no me roben, o un ¿qué se yo? Pero mejor cerrar con llave ¿verdad?

Y me dije a mi mismo:

“No me pondré paranoico por un hecho inexplicable.”

Y sin embargo, me quedó gravado en la memoria. Así como a mi novia lo de la cajita de música. Pero seguí con mi vida normal, aunque ahora cerrando las puertas que dan al patio con llave, cuando sabía que iba a tardar horas en no pasar por ellas.

Transcurrido como un año y medio de este hecho. Un día pasé el escobillón al piso, de uno de los patios de atrás -el que da al jardín-, como muchas veces lo he hecho. Esos actos cotidianos que todos hacemos, sin más ni menos, cosa relevante en tales actos, que algo común y corriente. Y al escobillón, lo dejé en el patio apoyado, contra una gastada y vieja columna de madera, del techo de tejas que allí está, y ahí quedó. Al día siguiente, nuevamente al pasar de una casa a la otra, y pasar frente a tal escobillón, me sorprendí. Este estaba totalmente recto, como haciendo equilibrio en sí mismo sin caerse. ¡Me llamó mucho la atención! ¡Ni sabía siquiera que podía estar un escobillón así! ¡Pruévalo, fíjate! ¿Vos no tenés un escobillón que pueda quedar, haciendo equilibrio en vertical, sin caerse a los costados? ¡Pues este endemoniado escobillón sí podía! ¡¿Y cómo se puso así?!

Nuevamente. Yo estoy totalmente seguro que luego de barrer, el escobillón lo dejé apoyado contra la columna, y no me estuve entreteniendo, haciendo equilibrio con el mismo, intentando de que se quede de forma vertical toda la noche...

¿¡Qué decir!?! No le encontré explicación lógica a lo sucedido. Que mis hijas no tocaron el maldito escobillón, que el único perro que quedaba, no creo que lo haya movido y quedado justo derecho, etc. ¿Cómo apareció ese escobillón de estar inclinado a estar “haciendo equilibrio”? Cosa extraña.

Cuando pienso estas cosas, recuerdo un caso de una mujer que conocí. Trabajadora, buena persona, normal hasta que se confundió: le agarró un delirio de persecución tal, que se encerraba en su casa con un montón de cerraduras, y tenía miedo de salir a la calle. Y ella un día me contó: “Es que yo la servilleta la

dejé lisa, y apareció doblada, todo comenzó así. Y luego aveces hice pruebas, y alguien se metía en mi casa, y cambiaba las cosas de lugar”. Y esa deducción a ella, le llevó a vivir con miedo, aislada, y bajo el apodo de “loca”; que yo ahora me doy cuenta, luego de ser más inteligente que antes, que no es ni más ni menos, que el razonamiento confundido, tratando de encontrar una explicación lógica a algo, y haciendo lo que no se debe: sucumbir al miedo. Atención que una cosa es leer, o que te cuenten estas cosas, pero cuando las vivís, lo sentís, aveces hasta que te quiebra. No es lo mismo leer: “Es que yo la servilleta la dejé lisa, y apareció doblada”, que vivir el miedo por este hecho, y un miedo tan sentido, que uno quiere librarse del mismo, pero este se va acrecentando, y tal vez porque otras cosas similares lo fortalecen. Y la persona, impotente, se va sintiendo más débil. ¿Y yo qué hice con el maldito escobillón endemoniado? Nada. Pero sin embargo, fue otro suceso más grabado en mi memoria.

Y desafortunadamente, y como imaginará; ya que este relato aún avanza un poco, el tema acá no terminó. No se solucionó el hecho con no hacer nada. A veces eso funciona, pero en este caso no funcionó. Luego se volvieron a repetir hechos extraños, que me lo trajeron a la memoria.

Es interesante el pensamiento humano; primero pensamos, luego actuamos. Generalmente, y sospecho, que cuando decimos que “actuamos sin pensar”, en realidad actuamos según lo que somos, y lo que venimos pensando siempre; lo que tenemos dentro, o se nos metió dentro. Y yo luego de lo del maldito escobillón... Recordaba el caso del ventilador, y cómo si fuera poco, sospechaba que en una oportunidad me habían desaparecido dos remeras. En dos veces distintas, buenas remeras, nuevas. En una, por ejemplo, compré dos “de marca”; las traje, las guardé, pero en un momento, luego, solo tenía una de esas dos. Y esto se repitió dos veces de forma similar.

...Y aveces, juraría que algo que dejé en un lado, estaba en otro. Incluso me he preguntado ¿Pero cómo entró el gato? ¿Cómo es que no lo vi? Es rapidísimo sí, pero aveces me sorprendió haberlo encontrado dentro, cuando estaba fuera. ¿Y

cuándo me parece que una cosa está fuera de su lugar? Nunca le había dado importancia, porque siempre estoy pensando, o haciendo cosas, y dejo todo tirado por todos lados, y allí supongo simplemente me confundí, o olvidé dónde dejé algo por no prestar atención. Pero a veces, parece indudable, de que algo raro está pasando. Y sin embargo, las remeras negras nunca aparecieron. Me suelo vestir todo de negro, es secuela de ser metalero pese a que bailo el tango...

En fin, se me pasó por la mente al juntar lo del escobillón, ¡el maldito escobillón endemoniado! Sí, más lo del ventilador, al hecho de: ¿Será un fenómeno paranormal? ¿Un fantasma? ¿O qué efecto desconocido, puede variar cosas en mi entorno? Y ahora entiendo en carne propia, porqué algunas personas me consultaban, preguntándome de porqué se abría sola y lentamente, la puerta de su mueble, delante de sus ojos; o cosas extrañas y semejantes, incluso como lo de la cajita de música de mi novia que conté. Y eso que a mi, como dije; me han pasado cosas extrañas, las superé, y soy bien racional. No generé ninguna explicación mística, pasó por mi mente, pero no lo acepté, simplemente volví a ignorar los acontecimientos.

Un día entró un ladrón en la parte de adelante de la casa, en el garaje. Pobre ladrón... Seguro que fatalmente terminó impulsado a su miserable vida de ladrón ¡Pero qué ladrón hijo de...! Yo estaba durmiendo adelante, a veces duermo en la casa de adelante, a veces en la de atrás. Escucho ruidos, el garaje da a un patio; no el principal, sino otro de costado de la casa, y ahí da una ventana, y también una puerta del garaje en su correspondiente pared. Me levanto alterado de la cama, me dirijo y quedo apoyado contra la ventana, quiero pensar que es un gato que está haciendo ruidos. Así como un gato que escarba para dejarte sus necesidades, me imaginé, hechas en un estante, y hace ruido al correr cosas hacia ellas, que estén al lado (tuercas, arandelas, tornillos, y cosas semejantes). Pero los ruidos no cesaban ¡Tanto iba a tardar ese gato, para hacer sus necesidades! Al lado de la ventana, hago un ruido con la boca fuerte, en forma de chasquidos, pronunciando: “¡Ti, ti, ti!” Escucho más ruidos -ya creo que son

del techo del garaje, de chapas-. Voy hacia la puerta que da a la calle, y miro por la mirilla, esperando ver saltar a un gato por la reja; y veo saltar a un flaco, cargando una mochila pequeña en su espalda, no le veo la cara.

¡Yo enojadísimo! Porque se metió en mi casa, y aunque robó tonteras, fue una violación de mi espacio y propiedad, y un simbolismo tremendo: No estaba seguro en mi propia casa. Me robó una batería vieja de auto, unas astas de un ventilador de techo, y no sé qué más se habrá llevado, porque no se bien ni qué había ahí dentro. Todavía está lleno de algunas cosas de las que acumulaba mi padre, prácticamente no he acomodado tal lugar, por hacer otras cosas. Supongo, aunque lo dudo, que se habrá llevado algunas herramientas, y cosas viejas para vender, no para usarlas obvio. No quiero aburrir con muchas palabras, pero hice lo lógico: Puse vidrios rotos agarrados con cemento, por donde supuse que entró trepándose -y de paso también clavos-, y unos pinches para que no vuelva a pasar fácilmente; saqué un arbusto por donde tal vez se haya trepado... Y quedé medio traumatado durante un tiempo, durmiendo con el revolver al lado. Pendiente toda la noche de ruiditos, y con todas las luces de afuera prendidas para ver mejor; mientras que las de dentro apagadas para que no se me vea en la oscuridad. Esto al momento de dormir, por si pasaba algo.

Pasaron días, y prácticamente de nuevo yo cómo si nada -luego de que se me pasara el enojo-. No hice gran cosa, más allá de seguir intentando cerrar las puertas del patio de mi casa, por si acaso, cada vez que salía de una casa a otra. Luchando en mi interior con el concepto de “¿¡Qué carajos!? ¿Tengo que vivir sospechando de si alguien se mete dentro de mi casa? Este país cada vez peor... ¿O yo?”. Y aveces también están mis hijas, imagínate, que andar cerrando y abriendo puertas con llave a cada rato es incómodo. Tal vez prefería mi mente, de que un ángel o demonio, estuviera de vez en cuando paseando por ahí, como viento, a que fuera un ladrón viendo qué se podía robar...

Unos días después del acontecimiento del ladrón del garaje, como siempre pasando de una casa a la otra, mientras hago

cosas, al llegar a la casa de adelante, me sorprendió a medias, la puerta abierta. Enseguida reté a mis hijas, que estaban en la casa de atrás conmigo, lo hice con esa furia extra, con que aveces un padre le dice algo a un hijo, corrigiéndolo fastidiado: “¿Todavía no aprendieron a cerrar una puerta cuando la abren?!”; “Pero pa, si no fuimos adelante, habrás sido vos”; “¡Yo sé cerrar una puerta, y cuando fui, la cerré bien!”. Aunque a veces, ni miro cómo la cierro, y queda media entreabierta, y se abre sola. Pero a ellas no les conté, qué fue lo que realmente me alteró:

Había visto esa puerta abierta, sabiendo que yo la dejé cerrada (aunque luego lo dudara), y cuando fui al dormitorio de adelante, vi la puerta del armario también abierta (aunque yo sé que la había dejado cerrada), allí donde guardo el revolver. Cuando vi esa puerta abierta del armario, osea ya dos, deseché prácticamente que fuera error mio. Ese armario incluso no lo toqué en días. Revisé el revolver, y las balas... Y quise pensar, y así lo hice: “La puerta la cerré mal, el armario se abrió solo, tal vez por el viento, o dilatación de las maderas”.

A los pocos días, me había comprado otra remera negra, esta de oferta, más económica de las que prefiero, pero estaba bien. Me iba a bañar en la casa de atrás, y ya presintiendo y temiendo lo peor, quise comprobar si la remera nueva seguía en su armario, porque me la había comprado y no la usé. El armario que mencioné anteriormente, el teóricamente abierto solo, había sido el de la casa de adelante. Ahora fui a buscar la remera, en el armario de la casa de atrás, y no estaba donde la dejé. Infructuoso fue buscarla. A los cuatro días de haberla comprado desapareció. Un día antes, se había ido una hija a la casa de su madre, ella me aseguró que no la tenía, que la última vez que la vio fue cuando la traje, y la dejé en la mesa de la casa de atrás.

Si quisiera sumar misterio diría, que esa mesa es de las pocas cosas que perduraron de cuando era brujo. ¡Pero la mesa es solo una mesa, que me la quedé porque está bien hecha! Y recordaba perfectamente haber guardado mi remera nueva, en donde va la ropa, en donde no la encontré.

Tenía una computadora portátil al lado del armario, donde estaba teóricamente la remera, la computadora seguía ahí; la remera, esa bendita remera negra, no. Podría darle un final a este relato de la forma que sea, pero los finales a veces no existen, sin embargo el tiempo pasaría e impondría uno. Pero antes.

Sospeché de algún vecino, acrecentado porque una amiga, cuando le comenté un poco lo de la remera me afirmó: “Seguro que es un vecino, a mi me pasó”, y ahí tomó fuerza, una nueva idea en mi cabeza. Tal vez, me escucha cuando paso de un lado a otro, y se tiente por robar algo que no le pertenece, o hacer alguna maldad, y de paso entretenerse haciendo alguna broma, o tal vez por el simple hecho de su maldad interna (“el escobillón maldito”). Algunos ladrones no roban porque les falte dinero, roban por la emoción de robar, todos los que trabajan en seguridad de un supermercado saben bien esto; o supongo yo, porque les da bronca pagar algo que consideran caro, comparado a otras cosas. Te puedes encontrar a un sujeto bien vestido, robándose alguna tontera que podía pagar tranquilamente. La cosa es que, a la gente no es fácil conocerla.

Vamos a la realidad de la respuesta de esta historia, para no hacerla tan larga. El caso del ventilador, un día noté que su motor podía trabarse, si la perilla se giraba al revés, y en vez de ponerlo en “0”, quedaba en “5”, su valor mínimo; podía quedar como trabado más de un día, y en un momento arrancar solo. No fue ningún fenómeno paranormal, tipo advertencia del más allá, sino un fenómeno físico electromecánico. Pero aunque resulte extraño, en mi intelecto me costó no tener dudas ¿sabes por qué? Porque nuestros pensamientos a veces se enredan mal, y cuesta descenredarlos. Las remeras negras nunca aparecieron, salvo la última; estaba hecha un bollo toda arrugada ¡Sí! ¡Apareció una bendita remera negra! Luego que la buscara un montón de veces, un día apareció, y creo que fue en la cama, debajo de una frazada. Recuerdo que en dónde apareció, no me resultó lógico, pero di por cerrado también eso, etiquetándolo como: “descuido mio”. Digo bendita a la remera, porque las remeras negras me gustan, pero usar el escobillón para barrer no.

En la pared que da a un vecino, llegué a ver en un momento, a un caño por sobre los vidrios rotos, que se suelen poner para que no se trepe nadie, y me estaban tapando algunos. Primero pensé: “Debe atar algo a ese caño”. Luego de lo sucedido pensé: “¿Lo puso ahí para no cortarse cuando salta esa pared baja?” Pero incluso: “¿Cuál de todas las personas que me rodean será?” Pero no, no creo que un vecino haga eso, al menos no a mi. Aquel tendría que estar algo loco para hacerlo, y los tengo por normales; más probable es que algún ladrón se arriesgara a dar vueltas. Pero me resulta interesante cómo podemos llegar a pensar cualquier cosa. La puerta abierta de adelante, junto a el armario abierto: Descuido al cerrarla, el viento, dilatación del mueble...

Y si voy a mejorar la seguridad de mi casa, lo tengo que hacer en todos lados, dedicándole, tiempo, dinero, y esfuerzo. Además de que no quiero que mi casa se vea como una cárcel. Una cárcel hecha por su propio dueño, ¿en los desvaríos de la mente, intentando encontrar un razonamiento, que le convenza a sus propios enredos intelectuales que se hace por tonteras?

Afortunadamente ideas raras del más allá ya no tengo, porque es tanto el rechazo que actualmente me generan esas cosas -salvo el cristianismo-, que no pasa a ser más que una niebla de idea, que se disuelve inmediatamente.

Podría haber terminado este relato como un cuento que diga “Si algún día, muero y encuentran una remera negra, en una caja fuerte, no sería de extrañarse, a quien conozca esta historia. O incluso si en la actualidad, alguien me ve espiondo, envuelto en silencio y en la oscuridad, por el hueco de la cerradura desde una casa, a la puerta de mi otra casa, buscando divisar a alguien queriendo entrar...” ¡Pero no! Sino las últimas palabras de este relato, lleno de acontecimientos extraños, sería algo trágico y sombrío, y no tiene necesidad de ser así. De hecho, ya le encontré una utilidad al suceso: Escribirlo y motivar al pensamiento, a desenredar con paz y luz el pensamiento, alejando oscuridades.

Pero decime: ¿Cerrás bien las puertas de tu casa cada vez que entrás y salís? Especialmente la que da al jardín ¿Nunca te desapareció una remera o algo? ¿Cómo te llevás con tu vecino? Pero ¿sabés? Más bien hay que ocuparnos, por no estar enredando nuestros pensamientos, para que estos por hechos que parecen extraños (o magnificados por nuestra percepción o historia), no nos lleven lentamente hasta la confusión total, como lamentablemente aveces pasa, y luego no es fácil salir del enredo de la mente, o cuesta un triunfo liberarnos.

Si te gustó mi relato
¡Busca más!
Javier R. Cinacchi,
te saluda.

